

Porteños

Estoy sola en la soledad de la muchedumbre
y no sé con quién compartir mi tristeza.
Todos me miran, pero no me ven
y pasan a mi lado indiferentes,
como analfabetos por una biblioteca.

¿Para dónde voy? ¿Con quién voy?
Sólo me resta seguir a la masa de gente,
que se mueve homogénea al compás de sus mentes,
sumidos en su música ambulante, en sus apuntes,
en sus proyectos, en sus fracasos...

Saludos, sonrisas, no existen...
tal vez sean los grises edificios
que tiñen de oscuro la gracia humana.
¡Tanta gente, tantos autos...
tan poco cielo, tan poco verde!

Los panales edilicios alojan inquietos enjambres,
salen y entran, entran y salen las personas-abejas,
en su afán de hacer más, lograr más, tener más,
olvidando lo esencial, incluso, sus necesidades
para ampliar su mundo material y sus vanidades.

Al morir el día,
muere la euforia del microcentro
y nace la noche con sus paseos.
La gente vuelve a sus hogares
buscando sombra y alivio
en los ojos de los hijos
o en la espuma blanca
que refresca las almas
sobre troncos dormidos.

El Búho

El búho aguarda en vela
con ojos abiertos
la noche entera.
Y canta dulce,
como llamando,
en un lamento
de alma en pena.
Pero el búho
no se da cuenta
que su sonido
a todos ahuyenta.
Y el bosque se esconde
hasta la mañana
cuando el búho,
exhausto de esperar,
duerme
y ya no canta.

